

## Celaya, autor dramático

En la colección teatral de la Editorial Escelicer, abierta a los títulos de la más diversa entidad y calidad, acaban de publicar «El relevo», de Gabriel Celaya. La verdad es que existía ya una edición anterior de la obra, pero su escasa difusión —se trata de la edición de Gora, de San Sebastián— hace pensar que es ahora cuando el texto de Celaya va a ser conocido y juzgado. Incluso hay también un estreno, del que da fe el reparto incluido en el libro, celebrado en 1971, bajo la dirección de Trino Trives. Pero tampoco aquella jornada, vivida en Santa Cruz de Zarza, provincia de Toledo, parece que pudiera sacar al dramaturgo Celaya del censo de los dramaturgos españoles secretos, cuyo cultivo del teatro consta pero cuya obra se desconoce.

La personalidad de Celaya como poeta hace, por otra parte, extremadamente sugestivo el conocimiento de su primer texto dramático. ¿Con qué Celaya vamos a encontrarnos? Pues con un Celaya que, salvo algún breve arrebatado —ese interés del demonio en encandilar con la revolución por la revolución, que es como el arte por el arte, aunque de efectos más aparatosos— y la posible significación alegórica que en nuestro país va teniendo casi todo, se complace en la creación de una serie de imágenes que exaltan el derecho al desorden poético. La acción transcurre en un parque, en torno a un Don Máximo que se empeña en ser estatua inmóvil cuando aún está vivo. A su alrededor



circulan una serie de personajes, que, en términos generales, vienen a plantear el conflicto entre el aburrido orden de cada día —predicado por Don Máximo y vigilado por los guardas del parque— y la subversión de la imaginación encarnada por un ángel milagrero. La pareja de novios y una colegiala son los militantes de esta subversión; Don Máximo, su esposa Doña Escolástica y un guarda, el orden lógico establecido. El demonio, que también aparece, intenta, sobre todo, embarullar el conflicto, responder a la magia poética y bondadosa del ángel con la magia de la travesura caprichosa.

Quizá contado así «El relevo» descubra un esqueleto ideológico bastante preciso. Pero como la obra no es sólo el esqueleto, hay que añadir que Celaya justifica la calificación que ha dado a su intento —divertimiento poético—, al despojarlo de cualquier profundización política o psicológica y quedarse en un juego, en una burla, voluntariamente leve. Los riesgos del terroismo se bordean más de una vez, aunque es justo decir que Celaya consigue casi siempre introducir una ironía que le permite sortearlos. El lenguaje es claro, maduro, sin desahogos inoportunos;

en ello parece un autor hecho, aunque su «inexperiencia» dramática se haga patente en la linealidad de la acción, en la ausencia de una atmósfera que confiera densidad a los personajes, a las situaciones y a su mundo escénico. Pero él mismo ha dicho que se trata de un divertimento en el que la alusión al aduanero Rousseau —al describir el aspecto de uno de los personajes— podría ser

una de las claves de la poética empleada. Entre «naif» y cazurro, entre ingenuo y cargado de intenciones, anda Gabriel Celaya en su primer intento teatral. ■ J. M.

## Pedro Rodríguez, premio Temas

Entre 359 artículos presentados al premio

Temas, el mejor dotado en este género (doscientas cincuenta mil pesetas), ha sido elegido el título «Anónimo veneciano», de Pedro Rodríguez. Este premio está patrocinado por Construcciones Colomina, S. A., y vinculado a la revista de esta empresa. El Jurado calificador estaba integrado por don Alejandro Fernández Sordo, don Lauro Olmo, don Aquilino Morcillo, don Pedro Al-

tares, don José Angel Ezcurra, don Juan Fernández Figueroa, don Miguel Rosales, don Ramón María de Zabala y, como secretario, don Francisco Javier Echarren.

«Anónimo veneciano» se basa en el hecho, ocurrido durante la Bienal de Venecia última, que tuvo una gran resonancia por su «interés inhumano». Un hombre, ciego y sordo, fue presentado por un joven es-

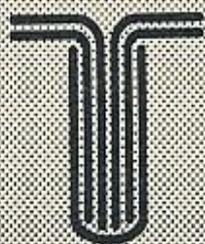


## Heinrich Böll, condenado al Nobel

El novelista alemán Heinrich Böll ha obtenido el Premio Nobel de Literatura. El nombre de Böll viene «sonando» en la Academia Sueca desde hace algunos años. En esta ocasión compartía su candidatura con la del norteamericano Norman Mailer, el australiano Patrick White, el francés André Malraux y el también alemán Günter Grass. Nadie conoce a ciencia cierta las recónditas motivaciones de la Academia Sueca; sin embargo, de un tiempo a esta parte han surgido sospechas más que justificadas de que la concesión del Premio Nobel responde, no tanto a la intrínseca calidad literaria de los galardonados como a la satisfacción de compromisos de índole diplomática. No puede afirmarse, por supuesto, que este sea el caso de Böll. Pero téngase en cuenta, por una parte, que existen actualmente escritores cuyos méritos creativos superan con creces a los de Heinrich Böll; sin ir más lejos, los asimismo candidatos Malraux, Grass y Mailer. E igualmente podrían citarse los nombres del suizo Max

Frisch, del argentino José Luis Borges, del cubano José Lezama Lima o de los norteamericanos Saul Bellow y Arthur Miller. Adviértase, por otra parte, que la literatura en lengua alemana «sufrió» desde 1946 —fecha de la concesión del Premio Nobel al novelista suizo Hermann Hesse— la carencia del codiciado galardón sueco; más aún: el último escritor de nacionalidad alemana favorecido con el Premio Nobel había sido Thomas Mann, en el ya lejano 1929. Resultaba, pues, oportuno y contemporizador consolar fácilmente a la «Kultur» alemana.

A la hora de avalar su nominación, la Academia Sueca ha definido a Böll como «el mejor poeta de la posguerra en ambas naciones de habla alemana». Dejando al margen el comentario de cualquier posible eufemismo político —puede observarse el ingenuo matiz conciliador de esa alusión a las dos Alemanias—, lo que se nos presenta como dudoso es el hecho de considerar a Böll «el mejor poeta de la posguerra» (máxime si pensamos, por ejemplo, en la obra de un Wolf Biermann o un Hans Magnus Enzensberger). Hace poco más de medio año, en estas mismas páginas de la revista, nos ocupábamos con cierta extensión de la trayectoria creadora del reciente Premio Nobel («Heinrich Böll: de la elegía a la sátira», TRIUNFO núm. 496). No es esta la ocasión de reiterar cuanto allí se dijo. Baste indicar que en dicha reseña se daba como última obra de Böll una novela publicada en el año 1966: «Ende einer Dienstfahrt» (Traducida al castellano en 1968 por Seix Barral bajo el título de «Acto de servicio»). Y es que, en efecto, el silencio editorial de Böll ha durado más de cinco años, y quizá la aparición en 1971 de su voluminosa novela «Gruppenbild mit Dame» («Grupo fotográfico con dama»), aún inédita entre nosotros, haya contribuido a inclinar a su favor la balanza de la Academia Sueca. El caso es que, para bien o para mal, Heinrich Böll ha sido condenado al Premio Nobel. Es decir: a ser encuadrado en piel roja e instalado en las bibliotecas de quienes compran libros por metros lineales. ■ S. R. SANTERBAS.



Gustavo Bueno

## Ensayos materialistas

Por una filosofía académica materialista.

Paul Iñe

## Los surrealistas españoles

El surrealismo en nuestro país alcanzó significativamente al más importante bloque de escritores de la España moderna.

Emmanuel Mounier

## Manifiesto al servicio del personalismo

Fe cristiana y política y no confesional.

Manuel Tuñón de Lara

## El movimiento obrero en la historia de España

# TAURUS

Marqués de Salamanca, 7  
MADRID-6

# ARTE • LETRAS

cultor como «obra artística» firmada por él. Sobre está anécdota, Pedro Rodríguez, muy conocido por sus entrevistas en «Arriba», ha escrito un artículo pleno de poesía y humanidad.



### El humor de «Thick as a brick»

El grupo Jethro Tull, compuesto por Ian Anderson, Martin Barre, John Evan, Jeffery Hammond y Barriemore Barlow, ha preparado «Thick as a brick» basándose en la ficción del poema del niño prodigio Gerald Boston, de St. Cleve; su música transcurre delicadamente por toda una gama de sensibles sonidos: a veces apagado y a veces elevándose hasta adquirir una forma brillante de frases con gran significado y nuevas técnicas de improvisación.

Ian Anderson no solamente ha revisado a conciencia su propio álbum, sino que él mismo ha proporcionado también el periódico contenido en el disco. «Thick as a brick» viene envuelto en un número del St. Cleve's Chronicle, un típico diario diseñado por Anderson. En la primera página está la noticia del escándalo de Gerald Bostock («Little Milton»). Gerald, de ocho años, es descalificado por los jueces para obtener el primer premio de la Sociedad para el Desarrollo de la Literatura y su Proliferación, en virtud del cuestionable contenido de su poema épico «Thick as a brick».

Gerald es una de las encarnaciones de Ian Anderson. Aparte de ser el creador de las letras y su personificador, Anderson es también compositor, arreglador, cantante, flautista, intérprete de la guitarra acústica, violinista, saxofonista, trompetista, sátiro y, sobre todo, creador de los conceptos, normas y pauta a seguir por el grupo. Su facilidad de adaptación para la mayor parte de estas funciones, en particular, su habilidad para casarlas y mezclarlas ha creado uno de los más sofisticados y evolucionados grupos de «rock».

La mayor parte de los artículos del periódico están llenos de un serio e inglés sentido del humor.

En la página siete aparecen los versos que han dado título al álbum. Son densos y enigmáticos y los inidentificados cambios en la voz narrativa son la base de la difícil comprensión de ellos. El poema, tal y como lo entiendo, es una dura crítica social, con una pesimista visión de los poetas, pintores y, en general, de todas las artes, así como una visión negativa y condenatoria de políticos y demás representaciones de la autoridad.

A pesar de que las canciones que integran «Thick as a brick» son melódicamente distintas, intrínsecamente están todas ellas relacionadas entre sí. Las letras de las canciones son inteligentes y de gran profundidad y son asimismo el principal exponente de su música.

Si tuviera que nombrar las influencias musicales de este disco me inclinaría por la música clásica: Anderson es un amante de Purcell y Handel. Se puede notar también una incorporación de formas folklóricas españolas e inglesas.

Los miembros de Jethro Tull fueron es cogidos a dedo por Anderson (algunos viejos compañeros de escuela); excepto Ian, no

queda ninguno de la banda original. La forma de interpretar es áspera y dura. La guitarra de Martin Barre y los teclados de John Evan, de especial interés, y la manera de cantar de Ian, no muy sobresaliente, pero en el lugar que acostumbra. De todas maneras, «Thick as a brick» es un experimento nuevo, es bueno saber que alguien del mundo de la música popular tiene ambiciones que van más allá de las convencionales canciones de cuatro y cinco minutos, y tiene el suficiente cerebro como para desarrollarlas en toda su extensión con gran acierto. ■ X. MORENO.

ARTE

En la danza vertiginosa de galerías, pseudogalerías, archigalerías y neogalerías que le dan color hoy a la vida del arte en Madrid, uno tiene derecho ya a derramar en todo lo que constituye noticia unas gotas de excepticismo. En los anuncios sobre nuevas exposiciones lei un nombre, «Tapiés», ligado al de una galería que desconocía, «Sala Monzón», y me sonrei. Uno sabe lo que significa ese nombre y cómo es de difícil disponer de él en una exposición. ¿Tapiés en una sala nueva y prácticamente desconocida? ¿Qué sería eso? Me fui intrigado a aclarar el enigma. Y efectivamente, me encontré con la obra de Tapiés... en una galería muy bella, por cierto. Pero el enigma se aclaró para mí cuando vi que se trataba, mayoritariamente, de obra gráfica. Obra gráfica propiedad de la misma galería Monzón, adquirida sin